

Correspondiendo

En esta sección se publican opiniones de nuestros lectores contenidas en cartas y otras comunicaciones dirigidas a la Redacción, y otros textos de interés.

El número 66 de Temas, cuya sección Enfoque estuvo dedicada a los procesos socialistas de China y Viet Nam, fue presentado por Jesús Aise, ex embajador cubano en Viet Nam, y especialista del Departamento de Relaciones Internacionales del Partido Comunista de Cuba. Estas fueron sus palabras:

Quiero expresar mi agradecimiento a los directivos de *Temas*, en especial a su director, Rafael Hernández, por concederme la responsabilidad de hacer la presentación del número 66 de esta prestigiosa revista.

Aunque —como *Temas* nos tiene acostumbrados— esta edición íntegra es sumamente interesante, centraré mi presentación en el apartado que aborda *otros socialismos*, con los casos de China y Viet Nam.

A la luz de lo que ha dado en llamarse «perfeccionamiento del socialismo», y muy especialmente de la Reforma y Apertura china y la Renovación vietnamita, han surgido —y auguro que se mantendrán en el futuro— muchas coincidencias y controversias. A estos dos procesos he dedicado (y dedico) una buena parte de mi quehacer intelectual. Primero, durante diez años, en el otrora Centro de Estudios sobre Asia y Oceanía, que me permitió realizar investigaciones *in situ* en ocho ocasiones en Viet Nam y tres en China. Después, mi estancia durante cuatro años, en Viet Nam como Embajador, Viet Nam contribuyó, indiscutiblemente, a profundizar un poco más mis conocimientos sobre ese país. En la actualidad, desde el Departamento de Relaciones Internacionales del Partido, atiendo las relaciones con el Partido Comunista de China (PCCh) y continúo contribuyendo a los estudios sobre Viet Nam, en otros escenarios no menos importantes.

En los procesos de transformaciones radicales de los modelos económicos y políticos de ambos países aprecio notables semejanzas y formidables diferencias.

Cuando en 1978 —tres años después del inicio del «Quinquenio de la calidad» en la URSS—, el PCCh y Deng Xiaoping, decidieron iniciar la Reforma y Apertura, luego de un largo período de turbulencias políticas, ello representó una ruptura con el «modelo soviético». Desde que se revelaron las intenciones de descentralización y orientación hacia el mercado, las principales interrogantes en el debate político fueron: ¿Hacia dónde va China? ¿Seguirá siendo socialista?

También fue sugestivo el caso de Viet Nam. En 1986, en medio del entusiasmo y la incertidumbre que provocaba la *perestroika* gorbachoviana, y otros procesos más o menos similares en el campo socialista, y sobre los escombros de la guerra antiyanqui, el VI Congreso del Partido Comunista de Viet Nam (PCV), el partido de Ho Chi Minh, emprendió la Renovación, un proyecto análogo al chino. No pocos nos preguntamos: ¿Qué está sucediendo? ¿Ahora también Viet Nam?

La épica victoria que con audacia y astucia, infringieron los vietnamitas al ejército del país más poderoso del planeta, se hizo en nombre del socialismo y eso nos llenó de orgullo. Pero la dramática situación económica y social de Viet Nam, después de la reunificación, se la atribuíamos exclusivamente a la herencia de la guerra y no al modelo de entonces. Además, estábamos permeados de la dogmática contradicción entre el plan y el mercado. Por estas razones, fue obvio que se despertaran dudas sobre la viabilidad de la iniciativa renovadora del Partido Comunista y no pocos auguraron su desviación.

Después de treinta y tres años de Reforma y Apertura y veinticinco de Renovación, persiste el mismo dilema, pero China y Viet Nam están exhibiendo impresionantes resultados socioeconómicos, conducidos por sus respectivos partidos comunistas, aun cuando enfrentan importantes desafíos que

ponen límites al frenesí que provocan sus éxitos. Creo que lo acertado de la selección de artículos publicados en este número de *Temas* consiste precisamente en que ellos, escritos por actores de ambos procesos y desde posiciones de la crítica científica, reflejan esta realidad.

En el bloque dedicado a China, el texto «China: sesenta años de investigación histórica» es, en efecto, alegórico a dos aniversarios ligados a la historia reciente del milenarismo país asiático, el 60 de la fundación de la Republica Popular y el 90 del Partido Comunista. La propia revolución china, el devenir del proceso de construcción de la Nueva China y la evolución de la Reforma y Apertura, ilustran la conjunción entre el marxismo-leninismo y el pensamiento conceptual del Partido —desde Mao Zedong hasta Hu Jintao. En el artículo queda demostrada —incluso sin mencionar esa noción en el texto—, la legitimidad del «marxismo chinizado» o «chinización del marxismo».

El espacio dedicado al debate sobre el «modelo chino» (o lo que muchos consideran el «Consenso de Beijing» por oposición al «Consenso de Washington»), merece ser analizado con detenimiento, tanto desde el punto de vista conceptual como práctico. Al parecer, el concepto supera lo que dio en llamarse «Regularidades generales de la construcción del socialismo» sistematizada en la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros, de 1956. El Socialismo con peculiaridades chinas niega el mimetismo, se distingue de otros, tiene un alto componente cultural autóctono, y expresa el derecho soberano de cada país de elegir su propia proyección de futuro.

El artículo «Reforma progresiva bajo orientación política en China» es un intento por resolver la vieja controversia en cuanto al verdadero papel de la política en los procesos de transformaciones económicas

y del resto de los componentes del sistema que les son concomitantes. El autor se propuso (creo que con acierto) demostrar que la política es el lubricante que suaviza el movimiento de las reformas.

En «Estrategia diplomática china» puede apreciarse cómo el gigante asiático, en su intento por hacer corresponder el importante desarrollo socioeconómico alcanzado con una participación cada vez más activa en el escenario internacional, ha desplegado una estrategia donde se conjugan lo bilateral y lo multilateral, encaminada a favorecer su desarrollo y contribuir a la creación de un orden internacional favorable a sus intereses de seguridad nacional.

Cierra el espacio dedicado a China, un extenso ensayo que evidencia el desarrollo cuantitativo y cualitativo que ha alcanzado la televisión como medio de difusión. Con la Reforma y Apertura, ella se ha extendido a la abrumadora mayoría de su vasta población, con uso de altas tecnologías y una eficaz combinación de la publicidad histórica, política, cultural y comercial. Vale aclarar que este desarrollo de la televisión ha estado impactado por la constante interferencia de los valores occidentales que, con relativo éxito, el PCCh está enfrentando mediante el fortalecimiento ideológico de la teleaudiencia y el control de las programaciones.

Sobre Viet Nam, este número publica tres artículos de autores locales —uno de los cuales, cuenta con la participación de una académica estadounidense especializada en temas del sudeste de Asia y de Viet Nam, Mary McDonnell—, y una crónica del muy conocido sociólogo belga, el profesor emérito François Houtart.

El primero, «El socialismo en Viet Nam: estudios e investigaciones», es un esbozo histórico-crítico sobre la evolución del pensamiento acerca del socialismo, desde la época colonial hasta la actualidad. Su parte final resulta aleccionadora, pues el autor expone los factores que «inducen a la reducción del papel de esa ideología [marxismo leninismo y el pensamiento de Ho Chi Minh] en la sociedad vietnamita contemporánea», pero no obvia la legitimidad y credibilidad que ostenta el Partido ante su población.

«Renovación hacia el socialismo en Viet Nam: veinticinco años», sintetiza los cinco lustros de la Renovación multifacética, analizando las causas que condujeron a la necesidad de la transformación radical del modelo vigente hasta 1986, cuando se inicia oficialmente el proceso. Caracteri-

za, además, el sistema político actual, en franco proceso de adecuación a las nuevas reformas y la inserción de Viet Nam en el sistema de las relaciones internacionales. El artículo, en esencia descriptivo, propicia la comprensión del proceso que ha llevado a ese país socialista asiático desde el más profundo subdesarrollo hasta trazarse la meta de ser una nación desarrollada en lo fundamental, en 2020 y desde el aislamiento hasta su creciente incisión subregional, regional y multilateral.

El texto de François Houtart, «Viet Nam en la encrucijada», como otros de él que hemos tenido la oportunidad de leer, representa una mirada aguda, a veces nostálgica, de un país que conoció hace más de cuarenta años en plena guerra y que se transforma día a día en medio de importantes éxitos socioeconómicos y no menores retos internos e internacionales.

Recuerdo que en agosto del año 2000, en el marco de Seminario Internacional «Veinte años de Renovación» organizado por la Academia de Ciencias Sociales, en que tuve la oportunidad de participar junto a un número importante de estudiosos de Viet Nam, el profesor Houtart me dijo que al concluir el evento iría, una vez más, a la comuna Hai Van para continuar los estudios que llevaba realizando desde hacía muchos años. En esa ocasión, ante mi vehemente admiración por la apreciable expansión que genera de manera permanente la Renovación, me dijo lo mismo que reitera en este trabajo: «Son incuestionables los éxitos económicos y sociales, pero tengo preocupación por la explosión de las distancias sociales y cómo los valores autóctonos ceden espacio ante la apertura al capital». Frente a una opinión tan autorizada y habiendo constatado ambas realidades, sigo preguntándome si tenía Viet Nam otra alternativa que emprender la Renovación y si en medio de ella puede evitar la encrucijada.

En «Cambios sociales en la Renovación: una visión desde la juventud», de varios académicos vietnamitas, con la mencionada participación de la estadounidense Mary McDonnell, directora ejecutiva del Social Science Research Council (Consejo de Investigaciones de Ciencias Sociales de la Universidad de Nueva York), trata uno los efectos más trascendentes del proceso de Renovación: los impactos negativos y positivos que ha tenido sobre la juventud el paso de Viet Nam a la economía de mercado. Es destacable la especial importancia que atribuye el PCV a este asunto, consciente de que de la juventud depende

la continuidad de la orientación Socialista del proceso de Renovación.

El resto de los contenidos abordados en este número de *Temas* a los cuales hice una lectura diagonal, merecen también ser comentados, por la agudeza de sus análisis. Pero, obviamente, no me siento en condiciones de hacerlo.

Por último, en mi opinión, los referentes más inmediatos de la actualización de nuestro modelo económico, a través de los Lineamientos de la política económica y social del Partido y la Revolución, son la Reforma y Apertura china y la Renovación vietnamita. Pero no más que eso... un referente. Como ellos lo han hecho en sus respectivos contextos, la solución de nuestros problemas debe seguir nuestra propia lógica y cuando identificamos que en algo (o en mucho) existen similitudes, solo entonces tomemos sus experiencias, para aprender de sus éxitos y sus errores. No debe ser de otro modo, pues solucionar problemas iguales, en escenarios diferentes, no produce los resultados esperados.

El sociólogo Aurelio Alonso, subdirector de la revista Casa de las Américas, pronunció las palabras de presentación del número 67 de Temas, con el título «El tiempo americano ha llegado».

El número 67 de la revista *Temas*, cuyo lanzamiento nos congrega hoy, conjuga una gran virtud y una carencia de magnitud equivalente. La virtud consiste en que nos pone en las manos artículos que recorren con mirada aguda el cambio latinoamericano de nuestros días. La carencia, por el hecho de que el escenario es tan vasto, diverso, dinámico, cargado de incertidumbres, que siempre nos va a quedar el sabor de las preguntas y de las fronteras de la mirada. Pero de muchas maneras, la virtud y la carencia se imbrican en la riqueza misma del número.

Lo destaco porque la sección Enfoque de la presente entrega lleva el título «Rutas de la revolución latinoamericana», que nos remite, de entrada, al mismo sentido polémico de su actualidad: ¿Cómo caracterizar la realidad vivida hoy en América Latina? ¿Tiempo de reformas o de recuperación de la ruta revolucionaria? Por fortuna no se comete el error de buscar la aproximación a través de un discurso homogéneo. Algunos parten del reconocimiento tácito de asociar el tiempo de revolución con la lucha armada

y desechan el término para clasificar lo que la actualidad nos permite integrar. Los líderes de los procesos venezolano, boliviano y ecuatoriano, por el contrario, los designaron, respectivamente, como revolución bolivariana, revolución popular, y revolución ciudadana, y en los tres casos los definen como socialistas. Decir que no lo son porque no cumplen tales o cuales requisitos doctrinales me parece un despropósito cuando con ello afirman la voluntad de la ruta a riesgo del rechazo y hostigamiento de los centros del capital; pero sobre todo porque a esta declaración de soberanía suman, en la práctica política, la priorización clara de sus propósitos de equidad y justicia social. El retorno del FSLN, y con él, el de Daniel Ortega a la presidencia de Nicaragua, se realizó sobre el legado de la experiencia sandinista precedente, que entonces consiguió desenvolverse dentro del mundo bipolar, en tanto ahora tiene que hacerlo bajo la hegemonía sin competencia de los Estados Unidos. Si la victoria electoral de Ortega pudo ser considerada como un desafío, lograr la reelección después de cuatro años de gobierno en difíciles condiciones, sin que haya menguado su discurso antimperialista, avala algo que va más allá de las alternativas meramente reformistas.

Los procesos de Argentina y Brasil, determinantes por la dimensión de sus economías y por la influencia que pueden ejercer, a largo plazo, en la articulación de las rutas de cambio, no revisten la misma radicalidad que los cuatro que proclaman su condición revolucionaria, en tanto Paraguay y Uruguay, enclavados entre los dos gigantes, sugieren patrones de justicia social y equidad más prudentes, aunque inconfundibles, que sintonizan con el ritmo de sus vecinos mayores. En Chile, la tibieza del paso de la esperanza socialista moderada, dado por la presidencia para expresar al menos una vocación de cambio, y el retroceso que la siguió, alimenta una confrontación que podría desembocar en una aguda colisión de clase. Algo inesperado en un tiempo cuando la vía electoral se ha convertido en un portal efectivo para el cambio, y propicia una plataforma para intentarlo todo sin recurrir a la violencia. Chile se ha convertido en el dilema revolucionario que constata, de nuevo, que para alcanzar el socialismo del siglo XXI es necesario también encontrar y transitar los caminos de la revolución del siglo XXI.

Para mí la pregunta siguiente sería cómo definir hoy la radicalidad. El derrumbe soviético ha dejado en el aire algunos equívocos, entre los que destaco la confusión de socialización con estataización en el campo de la economía: la identificación de su radicalidad socialista a partir de la propiedad estatal de los medios de producción. Algunos corolarios igualmente equívocos se desprenden de esta confusión, como la noción de centralización/descentralización subordinada a la antípoda estatal/privado. Lo central deviene, por definición, lo nacionalizado, y descentralizar se tiende a confundir con privatizar.

No quiero centrarme en el problema del maltrecho lenguaje político del socialismo (aunque tampoco quisiera dejar de prevenir sobre que el uso del concepto de «propiedad de todo el pueblo» para aludir al sector estatal, devino otro equívoco), sino atenerme a la realidad connotada y la caracterización de la radicalidad.

Incluso en los escenarios más radicales de cambio de nuestra América de hoy, donde se han producido efectos importantes de recuperación de soberanía económica, no se piensa el socialismo nuevo (no puede pensarse en otra forma), sino como una estructura económica basada en un arco de formas de propiedad donde predominen las socializadas, y en el cual la propiamente estatal quede reservada a aquellos sectores en los cuales se haga indispensable para asegurar el carácter socialista del conjunto. Y que no se trate de provisionalidades, sino que sus cambios presentes se orienten a una transición hacia esta diversidad controlada y no hacia un paradigma centralizador a ultranza.

También aclaro que el patrón de aseguramiento del carácter socialista en términos estructurales solo podrá ser definido caso por caso, sin presupuesto normativo doctrinal de tipo alguno. Salvo el de una definición de poder: necesario para asegurar la decisión soberana y el predominio del bien común, al costo incluso de la eficiencia cifrada en la ganancia.

La combinación que hacen hoy las resistencias y las medidas de transformación donde han logrado instalarse las posiciones decididas a ejercer un freno sistemático a la lógica de la ganancia capitalista, en función del bien común (acción que pido me permitan llamar, provisionalmente, «revolucionar», ya se haga dentro de un proyecto integral, ya

sea por la vía de reformas no articuladas), es de una diversidad impresionante y alentadora a la vez.

Digo esto último porque atenerse a la diversidad, tanto para teorizar como para asumir posiciones, es un imperativo que nos obliga a pensar, y nos compromete a aventurarnos y a rectificar constantemente. Pero advierte, a la vez, que no nos toca partir de ortodoxizar experiencias, construir modelos, pontificar sobre errores de otros o reclamar que lo hagan como nosotros lo haríamos.

De modo que me parece legítimo hablar hoy, para identificar la lealtad a un propósito de emancipación incumplido, de revolución latinoamericana, y no a pesar, sino en virtud de las diferencias, y hacerlo con un sentido integrador y no de exclusiones ni de presunciones de liderazgo ideológico o político regional. Y en esta dirección se orienta igualmente la diversidad del número de *Temas* que hoy presentamos.

La sección monográfica de la revista, que se debate entre estos problemas, contiene un grupo de artículos centrados en el propósito de ofrecer una mirada integral a la región. Se abre con los del panameño Nils Castro y el chileno Luis Maira, autores ambos que han recorrido el medio siglo; y cierra con Ricardo Núñez, también chileno, político, historiador, sociólogo, geógrafo y demógrafo. El trecho entre los dos primeros y el último del *dossier* lo recorren siete trabajos que analizan experiencias específicas: los casos de Bolivia, Brasil, México, Costa Rica, Puerto Rico y Cuba. Alberto Montero, Valter Pomar, John Saxe-Fernández, Luis Guillermo Solís, José Javier Colón, Rocio de Prato y Camila Piñeiro Harnecker responden por ellos.

De una sola mirada se puede apreciar ausencias: el panorama no alcanza a completarse y el tratamiento por casos tampoco. Pero tenemos que reconocer que ni lo uno ni lo otro podría ser atrapado en un número de la revista. Se trata, sin embargo, y esto es lo verdaderamente significativo de esta entrega, de un recorrido sugerente y actual que nos introduce seriamente, sin dogmas ni prejuicios, sin ingenuidad ni improvisación, en el tema de los rumbos latinoamericanos del inicio de este siglo y que lo hace bien.

Nils Castro disiente del título del *dossier* que le ha tocado abrir (mérito polémico al cual hice alusión al principio) cuando valora que «los gobiernos progresistas que ahora existen —y que en

Sudamérica son mayoría— no son revolucionarios», y centra su reconocimiento aparentemente en virtudes casuísticas, al aclarar que «han sabido gobernar mejor que la derecha», al «mitigar las injusticias y atrasos que más agobian a nuestros pueblos y darles una vida más digna [...] pero lo hacen sin reemplazar el sistema». Lo que vale resaltar en su valoración es que «el voto recibido para gobernar fue el que se le dio al programa electoral prometido en campaña, no a uno radical de transformación del sistema». Nils nos recuerda, en todo caso, la metáfora guevarista según la cual «la vanguardia no debe adelantarse tanto que pierda el contacto con el grueso del pelotón, o se extravíe, como tampoco demorarse hasta frenar el avance de la columna». Y concluye que «esta etapa no es la de la revolución antes soñada —¿por qué habría de serlo si los revolucionarios no la hemos producido?».

Luis Maira distingue, por su parte, dos tendencias dominantes en la posguerra fría: la hegemonía de los gobiernos neoliberales en los 90, y la reorientación de las experiencias políticas del centro hacia la izquierda, centrada en juzgar las violaciones a los derechos humanos, retomar el crecimiento, el pago de la deuda y revitalizar las conquistas sociales de los sectores medios y populares, así como el rediseño de los ordenamientos jurídicos que habían establecido las dictaduras. Destaca la urbanización de la población del continente y los problemas consiguientes de desempleo, desigualdad, pobreza. Reconoce el avance de la «poliarquía», en términos de elecciones libres, pluralismo ideológico, relativa independencia de los poderes públicos del Estado, aunque estima que «el presidencialismo latinoamericano, tal como lo conocemos, así como la forma tradicional de hacer política en la región, ya no es viable y se acerca a un estado terminal».

Creo importante, en Luis Maira, la comparación de las reglas de negociación entre capital y sindicatos en tiempos del fordismo, con la improbabilidad actual del mundo del trabajo de hacer que esas reglas se reproduzcan, debido a la llamada «flexibilización» e internacionalización de la fuerza de trabajo, como rasgo del modelo neoliberal dominante en las relaciones de dependencia. Esta dinámica se halla en la base misma de la tendencia exponencial del crecimiento

del movimiento migratorio desde la periferia hacia los centros del capital.

Ricardo Núñez Muñoz me satisface más que Maira en el tratamiento de la pobreza, porque se motiva menos con los mejoramientos obtenidos en la última década, cuyo deterioro ya observa con el paso de 33% en 2008 a 34% en 2009. No hay que olvidar que existe una distancia entre la mejoría estadística y la factual; aunque ambos coinciden en el peso del problema conjunto desigualdad/pobreza, en la realidad actual de nuestros pueblos y su conexión con la crisis de empleos, alimentaria, de vivienda, de salud.

Núñez Muñoz apunta, al propio tiempo (y lo destaca como dato de interés), que el crecimiento económico latinoamericano ha sido apreciable de cara a la situación mundial: 4,9% de conjunto para América Latina en 2008 (5,5% en América del Sur; 4,2% en Centroamérica; 2,3% en el Caribe; y 1,9% en México). Aunque no puedo dejar de llamar la atención sobre el dato de que, según las apreciaciones de Theotonio Dos Santos, en un texto reciente (en debate con Inmanuel Wallerstein), este crecimiento se debe a que no nos encontramos en el punto bajo de los ciclos de Kondratiev.

Sobre la integración latinoamericana, que Maira observa con más discreción, Núñez señala: «Los órganos de integración de América Latina y el Caribe no avanzan con la rapidez necesaria para evitar la fragmentación y hacer frente al preocupante panorama económico mundial. El ALBA y Mercosur son iniciativas extraordinariamente prometedoras. Han sido una respuesta contundente a las presiones del ALCA». En el tema de la integración, en su avance hacia el modelo superior (ALBA) se cifra el sostén del escenario de cambio latinoamericano actual, más allá de la sustentabilidad de los proyectos locales (aunque sea a partir de estos). Hay un reciclaje, evidente ya, entre sustentabilidad y colaboración, premonitorio del reciclaje entre sustentabilidad e integración, que debe ser su perfil definitivo.

Maira —jurista, como es— no pasa por alto la necesidad de considerar los «reordenamientos jurídicos y la demanda de nuevos esquemas institucionales». En especial en los tres países donde el cambio reviste mayor radicalidad, la urgencia de cambiar el marco legal —las Constitu-

ciones, en primer plano—, se vincula a la legitimación de los cambios propuestos, sobre los cuales se han erigido los nuevos gobiernos y que deben convertirse en el sostén de un poder genuinamente popular. La mitad del artículo sobre Bolivia se dedica al tema de la constitucionalidad: «es la celebración de la Asamblea Constituyente el hito esencial en el proceso de refundación de Bolivia emprendido por Evo Morales».

No será posible en esta presentación detenernos en los tratamientos de la problemática del cambio en las perspectivas particulares de los Estados, en todos los casos de sumo interés, y tendremos que confiar en que este panorama sea suficiente como introducción. Quiero llamar la atención, a pesar de ello, sobre el artículo de Camila Piñeiro sobre las empresas no estatales en la economía cubana, cuya actualidad y tono polémico motivará el interés de nuestros lectores aquí y en el extranjero.

El número 67 de *Temas* se completa con la actualidad y rigor que caracteriza a las secciones fijas de la revista. Controversia nos ofrece un intercambio con criterios de Georgina Arias, Guillermo Bernaza, Enrique Pérez Díaz y Ricardo Quiza sobre el contenido y la orientación de los textos escolares. En *Entretemas*, miscelánea por definición, Ibrahim Hidalgo nos propone un interesante contrapunteo entre los legados de José Antonio Saco y José Martí, en tanto Ovidio D'Angelo teoriza sus apreciaciones críticas acerca de la burocracia.

Para *Lectura Sucesiva* contamos, esta vez, con una nota de Enrique López Oliva sobre el libro de Gerald Poyo, *Cuban Catholics in the United States 1960-1980. Exile and Integration*, muy oportuna cuando sabemos ya que el papa Benedicto XVI nos visitará en marzo próximo. Le sigue la reseña de Carlos Alzugaray del libro de Daniel P. Erikson, *The Cuba Wars: Fidel Castro, the United States and the Next Revolution*. Cierra la sección dedicada a libros recién publicados una reseña de Denia García Ronda en torno a la compilación de artículos sobre cultura cubana, realizada por Aracelis Tinajero, con el título *Cultura y letras cubanas en el siglo XXI*.

Dicho esto, solo me queda invitarlos, en nombre de *Temas*, a leer este número 67, cosa que seguramente harán con agrado.